

Viaje italiano (1828)

Versión española de NESTOR MADRID-MALO

PROLOGO DE LA EDICION ITALIANA

La historia de las páginas que siguen es muy simple. En 1828 Romain Colomb, primo de Stendhal —para reponerse de una enfermedad— se preparaba a hacer un viaje a Italia. Natural fue que se dirigiese al autor de **Roma, Nápoles y Florencia** para obtener indicaciones prácticas y consejos útiles.

El pequeño cuaderno —que la dedicación y el cuidado de Colomb ha hecho llegar hasta nosotros— se compone de 37 páginas, que le fueron dictadas por Stendhal, quien se propuso así ofrecerle un rápido y completo “Baedeker”. Son por lo tanto anotaciones adecuadas a un viajero solitario, llenas de aquel particular amor por la vida y las cosas italianas, que todos reconocen en Stendhal como nota dominante de su carácter de escritor y de hombre.

A Stendhal, por otra parte, le placía ayudar a quien se preparaba al viaje italiano. Ya algunos años antes, el 1º de octubre de 1824, había escrito una carta a su hermana Paulina con el mismo propósito. Puede ser leída en el 6º volumen del **Epistolario** publicado por Martineau, y tiene, incluso, un título que dice: “Advertencia a las cabezas ligeras que van a Italia”. En esa ocasión le escribía:

“¿Cuáles son los placeres de un viaje a Italia?

1º Respirar un aire dulce y puro;

2º Ver soberbios paisajes;

3º ‘To have a bit of a lover’ (1);

4º Ver cuadros bellos;

5º Oír buena música;

6º Ver bellas iglesias;

7º Ver hermosas estatuas”.

(1) En inglés en el original: “Hacerse cortejar”.

En el caso de Romain Colomb el tono es diverso, pero los consejos tienen el mismo sentido práctico de los que le había dado a su hermana Paulina. Colomb partió de París el 14 de marzo de 1828, y en el bolsillo llevaba el cuaderno escrito que le había dictado Stendhal. Algunos años después, en 1833, se decidió a publicar los recuerdos de ese viaje, modesta y honestamente intitulados *Journal d'un voyage en Italie et en Suisse, pendant l'année 1828* (París, Verdier). Al final del libro agregó los vivaces consejos —que evocan una particular imagen de Italia— que le había suministrado Stendhal. Y este, a través de rápidos escorzos, velocísimas anotaciones y consejos simples, nos recrea una Italia con todas las costumbres cotidianas de entonces. El placer de su lectura, a tantos años de distancia, consiste precisamente en estas pequeñas cosas así evocadas por la gran pasión de Stendhal (2).

VIAJE A ITALIA, PARTIENDO DE PARIS Y RETORNANDO A TRAVES DE SUIZA Y ESTRASBURGO

ITINERARIO Y NOTAS DICTADAS POR BEYLEX

La diligencia lo deja a uno en Susa, donde seguramente habrá algunas antigüedades que observar, preciosas cuando se va a Roma y que no se mirarían al retorno. He aquí una de las principales normas de un viaje a Italia: es preciso ver a la ida una gran cantidad de cosas que harían alzar los hombros al regreso.

Torino. Alojarse en Dufour, en Piazza Castello (la habitación 30 o 47), y comer de acuerdo con la carta. Sobre todo, vale la pena pasear a lo largo de la Vía Po, hasta el puente que hizo construir Napoleón sobre ese río. Si se cuenta con buenas piernas, se puede llegar hasta Superga, el Saint-Denis de la casa Savoia; la iglesia no es gran cosa, mas la vista es soberbia. En Torino son obligatorias 5 o 6 iglesias, especialmente aquella que posee una cúpula insólita; si el rey está ausente, se pueden ver los cuadros pagando 1.50.

Se podría ir a Génova en diligencia, pero es mucho mejor alquilar un coche, pues esto tiene la ventaja de poder ver muy de cerca a 4 o 5 italianos, y de conocerlos así más a fondo de cuanto se obtendría con cincuenta visitas.

Con 10 u 11 francos al día, el cochero podrá recorrer 30 millas italianas (10 leguas comunes francesas). A su cargo está el pago de la cena y la habitación, y al momento de partir se le dan 30 céntimos al camarero. En ocasiones tales, casi todos los italianos no almuerzan, y a mediodía se contentan con sopa de arroz y un café.

El coche parte a las cinco de la mañana; se detiene a las tres de la tarde y hace cualquier cosa por llegar al atardecer. Es precisamente en

(2) La presente traducción ha sido realizada sobre la versión italiana de 1961, y es la primera que se hace al castellano. Estamos seguros de que será del agrado de los lectores, pues es un curioso y encantador documento sobre la Italia de entonces, debido a la pluma de quien tan bien conocía y amaba a ese país—N. del T.

este momento, que llaman el Ave María, o a medianoche, cuando los ladrones hacen de las suyas. Durante el viaje, la escogencia del hotel corresponde al cochero.

Génova. Hay que ir a la Pensión Suiza, cercana al "Banchi" (la Bolsa recibe este nombre); pedir la pieza 26 en el cuarto piso, desde la cual se ven el puerto y la montaña. Hay que decir: "Deme la habitación que un ruso ha ocupado durante 22 meses". Cuesta un franco, o un franco y veinticinco al día. Al frente hay un restaurante donde se puede comer según la carta.

Llevar la carta a la señora Mojon, en el barrio Balbi; este es uno de los tres nombres de la única gran avenida, que además es la más bella de Italia. Se contrata un chico que por cuatro sueldos sirve de guía para ir al puerto y a la iglesia Carignano; y también a gozar de una de las más bellas vistas de Italia: el mar y la costa hasta Savona. Al regreso, se puede ver la catedral, con el famoso cuadro de Giulio Romano. Ver el hospital u Hotel de los Pobres, con un bajorrelieve atribuído a Miguel Angel; ver el Palacio Real; cuatro galerías de cuadros en algunos palacios de la calle principal; ver el salón de recepciones Serra, que costó un millón hace ochenta años; ver el paseo del Acqua Sola.

Por 36 francos y en tres días y medio, un cochero podrá hacer el viaje hasta Livorno. Si el río Magra está crecido, mucho cuidado y no ahogarse: se toma una barca y después de recorrer un cuarto de legua marina, se llega a la otra orilla; esta es la vía más bella de Italia. Entre más lentamente se haga, mucho mejor.

En Livorno, hospedarse en el "Aguila Negra". La estancia cuesta 3 "paolos" (o sea tres veces 56 céntimos). El "paolo" se divide en 8 "crazias"; la "crazia" es la moneda más ligera del mundo y vale 7 céntimos. Ir al café del Greco; cenar enfrente de este, en la Pérgola (25 crazias); ver la estatua en el puerto, el cementerio de los judíos y el de los ingleses.

Por 9 francos se obtiene transporte hasta Florencia (19 a 20 leguas), y hasta se tiene derecho al mejor puesto (al fondo del carruaje). Con los cocheros habituales, este puesto cuesta un franco más por día.

Florencia. Alojarse donde la señora Imbert: estruendo de gran hotel, 25 camareros, desorden; la habitación cuesta 30 crazias. Cenar en el "San Luis Gonzaga" o en el "León Blanco", en Vía della Vigna; hay allí un Baco pintado en el fondo del corredor: es una copia del famoso Baco de Miguel Angel. Se cena muy bien por 25 crazias. A las 5 se come magníficamente donde la señora Imbert, pero se gastan 5 paolos y se encuentran 30 ingleses. Tratar sobre todo de cenar con italianos, pues no hay que perder ocasión de conocer el carácter de este pueblo, que desde hace algunos años se ha vuelto cada vez más desconfiado. Llevar las cartas a Vieussux, a Salvagnoli y a la marquesa Bartolomeo.

Ver la "Galleria" de las 9 a las 2, y los cuadros del Palacio Pitti: se le da un paolo al portero, abajo, y 3 al hombre que muestra los cuadros, arriba; solicitarle que deje ver la Venus del Canova, cosa que ofrece la ocasión de visitar todos los apartamentos que habitaba Fernando III, muerto en 1824.

Ir al Jardín de Boboli, abierto el jueves y el domingo. Se le dan 2 crazias a un muchacho para ir a Santa Croce, donde están las tumbas de Alfieri —hecha por Canova— y las de Miguel Angel, Maquiavelo y Galileo. Se le da un paolo a un monje para que abra la capilla del Volterrano, cerrada por una verja de hierro. Es necesario transcurrir una o dos horas en cada iglesia. Al dejar Santa Croce, otro muchacho, siempre por 2 crazias, puede conducirlo a uno hasta San Lorenzo; ver en el claustro de al lado la tumba de Paolo Giovio, famoso historiador mentiroso y obispo de Como. Al entrar en la iglesia, ir con paso resuelto a la Capilla de Miguel Angel, al fondo, a la derecha, pues está siempre abierta; empujar una pequeña puerta de madera: allí se encuentran 5 estatuas de Miguel Angel, y la capilla misma fue construída con base en sus dibujos; la estatua de San Mateo y del otro apóstol, a derecha e izquierda, no son de Miguel Angel. Todas las mañanas y mientras se permanezca en Florencia, hay que ir a esta capilla, pues no hay mejor ocasión para comprender el estilo de Miguel Angel. En esta misma capilla, se empuja otra portezuela y se encuentra uno ante las tumbas mediceas, célebres por las macizas decoraciones en piedras preciosas. Darle un paolo al guardián.

Es necesario recorrer las murallas de Florencia y, sobre todo, subir a San Miniato, colina al sur del Arno, cercana a la puerta de San Nicolás. Otro día hay que dejar atrás la puerta de Livorno (San Frediano) y subir hasta Bellosguardo. No debe olvidarse ir a ver los frescos del Massaccio, en la iglesia del Carmine, que se libraron del incendio de 1770. Al visitar la iglesia de San Marco, pedir que muestren la celda de Savonarola, quien, en su tiempo, fue quemado por haber querido hacer el Lutero en Italia. Miguel Angel lo quiso mucho. Ver también a Santa María Novella; se le da un paolo a un monje, quien permite ver el infierno y el paraíso, pintados por un viejo pintor: el infierno está hecho a imitación del infierno dantesco. Ver la capilla de los españoles en el claustro y comprar por 3 paolos la "Pequeña Guía de Florencia". El domingo, ir a la elegante misa de Santa Trinitá, frente al Vieusseux. Después, un paseo por el Lungoarno; al crepúsculo, no olvidar la caminata hasta la Cascine.

Averiguar por Menchioni, quien habita en Florencia, cerca al jardín de Boboli; hacerse conducir allí de un muchacho por 2 crazias; decirle a Menchioni: "señor, quiero ir a Roma por Perugia". El viaje se hace en cinco o seis días, gastando, máximo, 50 o 60 francos, con un cocheco; pero ofrecer solo 45 francos.

También se puede tomar la diligencia de Perugia, que se detiene a cien pasos de la Aduana, al oriente de la estatua ecuestre; la tarifa es bastante razonable. En Perugia se toma la diligencia papal que va a Roma; pero es mejor hacerlo en coche, pues al llegar a Roma se tiene la seguridad de tener cinco amigos. Se puede también pasar por Siena, pero la carretera de Perugia a Arezzo es mucho más interesante.

Roma. Ir donde Franz, en Via Condotti; si no tuviera cupo, ir donde Giacinta, al lado de la aduana. Silicitar la pieza del tercer piso que tiene cuatro ventanas y que cuesta 3 paolos. En Florencia ver el modo de obtener que la visita aduanera romana se haga en casa.

Ir a cena donde Armellino en el Corso, al lado del Palacio Sciarra: allí se cena por 26 bayocos (100 bayocos son 5 francos con 40, pues el escudo romano tiene 10 paolos). Donde Franz se come con lista fija a las tres y a las cinco. No lejos de Franz, en la Plaza España, hay un célebre restaurante; probar estos tres.

Al llegar conviene conseguir un muchacho y hacerse conducir a San Pedro. Procurar no entretenerse por la calle.

En Roma conviene siempre orientarse por tres vías. La del medio se llama el Corso y termina en el sepulcro de Bibulus, erigido en tiempos de la república, al pie del Campidoglio. La vía de la izquierda, entrando, se llama del Babuino y conduce hasta la Plaza de España; en esta vía está el estudio de Schnetz (carta para él). La de la derecha se llama Ripetta y conduce al puente Sant Angelo, desde el cual se ve San Pedro.

En San Pedro, sentarse ante el monumento fúnebre de los Estuardos, obra de Canova, que está detrás de la pila de agua bendita de la izquierda. Ver la tumba Rezzonico, también de Canova, y la del Papa Farnese, de Guglielmo della Porta, discípulo de Miguel Angel; observar el vestido de bronce de la estatua. Otro día, subir hasta la cúpula de San Pedro: la puerta de la escalera está enfrente, al monumento de los Estuardos; trepar con coraje; si algún guardián se interpone, darle un paolo. A la derecha, entrando, en la primera capilla, la Pietá de Miguel Angel.

El segundo día, recorrer el Corso hasta el Campidoglio; subir a este; descender al Foro e ir al Coliseo; al fondo de este se encuentra una puerta perforada; tocar para hacerse abrir, se le da un paolo a una especie de eremita y se sube a las ruinas hasta la famosa poltrona de madera colocada en el tercer piso por un inglés: pero hay que tener cuidado de no romperse el cuello y de no caminar sobre bóvedas que no puedan resistir; seguir en lo posible el camino trazado. Desde el piso superior se contemplan la pirámide de Cestio y, al occidente, San Pablo, quemada; se baja luego, se sale por la otra puerta y caminando siempre derecho se llega a San Giovanni in Laterano. Después de haber andado aquí y allá por una hora, y vista la estatua de Enrique IV y el Baptisterio, se toma una bella calle, muy recta, a la izquierda de San Giovanni, y se llega, después de una caminata de veinte minutos, a Santa María Maggiore. Allí estaba la antigua Roma; pero ahora no quedan sino pequeños viñedos donde, de julio a octubre, se puede contraer la malaria. Por una hora se recorre Santa María Maggiore donde están las tumbas de muchos Papas. Se sale por la puerta vecina al altar y, caminando por otra calle derecha, se llega a Trinità dei Monti. Al pie de la Trinità está la Plaza de España con el hotel de Franz.

Otro día se va a las Termas de Caracalla. Cuando se llega al final del Foro, cerca del Coliseo, se voltea a la derecha y se observa el Arco de Constantino, enterrado 15 pies como todos los monumentos de Roma. ¿De dónde ha venido toda esta tierra? Me agradaría saberlo. Luego de media hora de recorrido se llega a las Termas de Caracalla se golpea a la puerta como un sordo y después de un cuarto de hora se ve llegar una viejecita; se le da un paolo para que muestre los baños; no hay necesidad de ella para ver los muros gigantescos de las salas.

No se puede menos que comprar la nueva edición del *Itinerario* de Vasi, que Nibby ha editado hace poco, cuyos dos volúmenes en francés cuestan 11 francos con 50. Se señala con el lápiz lo que se va viendo, agregando la fecha. Al andar a lo largo de la avenida se estudian los planos de la antigua Roma; recomiendo la compilación de Brocchi, que muestra el estado físico del suelo de Roma cuando Rómulo se asentó allí; por lo demás, hasta la aparición de Brenno, que incendió el Campidoglio, nada hay más incierto que la historia de Roma. Aparecen siete reyes que ocupan el trono durante 240 años, cosa jamás vista. Consultar Niebuhr y la obra de Micali "Italia antes de los romanos".

Desde Trinità dei Monti se va hacia Santa María Maggiore. Se voltea a la izquierda hacia los Baños de Diocleciano: allí se encuentra la estupenda iglesia de Miguel Angel, con ocho enormes columnas, y el "Martirio de San Esteban" del Domenichino; prosiguiendo, se llega a la Fuente del Moisés; no dejar de ver en la iglesia vecina a una santa en éxtasis, estatua que es la obra maestra del Bernini. La iglesia está solamente abierta de las 9 a las 10. Retornando, se encuentra la Plaza Barberini. Allí se dan dos paolos a un ayudante de Thorwaldsen, quien os permitirá visitar los siete u ocho estudios de su maestro. A un lado está la iglesia de los capuchinos Barberini; se paga un paolo para que corran el velo que cubre el "San Miguel" del Guidi.

Otro día, saliendo desde Franz, se sigue la Vía Condotti y la que la continúa; se llega al Puente Sant'Angelo, desde donde están muy cercanos San Pedro y el Vaticano. Es preciso ver la Capilla Sixtina: se dan dos paolos a la vieja que cuida. Está abierta al público el domingo, a las 10 o a las 11. Casi todos los domingos y días de fiesta es posible ver al Papa y a los cardenales.

El museo Pío Clementino está abierto solo dos veces a la semana; el jueves, de las 19 a las 23. En el segundo piso, una galería —que da sobre el gran patio de San Dámaso —embellecida por los vitrales de Murat. Los 52 motivos bíblicos pintados por Rafael y sus discípulos se encuentran allí: imposible no encontrarlos espléndidos. Las logias están siempre abiertas, pero las pintadas por Rafael solo están abiertas dos días a la semana; antes de mirarlas, hay que cubrirse los ojos con las manos, porque son muy oscuras. Hay un ruso que hace una discreta copia y esto ayuda a comprender las figuras de Rafael. Conviene visitar el apartamento Borgia, donde están las famosas "Nozze Aldobrandini"; por último, en el tercer piso está la colección del Papa. no más de cincuenta cuadros, mas entre ellos están la "Transfiguración", la "Comunión de San Jerónimo", etc., y se ven mucho mejor que en Francia. En los días en que está cerrado, por dos paolos se entra por un lado de San Pedro, sobre la Lungara. Hay que subir hasta el convento de Sant Onofrio; en la parte de afuera se ven los frescos del Domenichino y adentro, una "Madonna" de Leonardo da Vinci y la tumba del Tasso; el retrato que hay allí no es el de este poeta, pero en la Biblioteca se puede ver la mascarilla en cera que le hicieron después de muerto. No darle al monje los 3 paolos hasta que no haya mostrado esta mascarilla. Ver luego Villa Lante, desde donde se goza el más bello panorama de Roma. Ver también los jardines Ludovisi.

Todos los días se pasa delante al Panteón, y ante Sant'Andrea della Valle. Sobre el altar de esta, en lo alto, se encuentran los maravillosos frescos del Domenichino, que por poco sus enemigos logran hacer borrar aduciendo que no tenían valor alguno.

Por 3 paolos que se den al portero del Palacio Farnese se puede ver la Galería; este es uno de los palacios más bellos.

Por otros 3 paolos se pueden ver la Galería Borghese, la Galería Doria y la Galería Sciarra, situadas estas dos últimas en el Corso. En el Café Greco, junto a Franz, se encuentran artistas franceses: tratar de ir a Nápoles con uno de ellos.

En Santa María del Pópulo se pueden ver las más bellas tumbas de Roma, pues van desde 1480 hasta 1527, época del saqueo de la ciudad por el condestable de Borbón; esta iglesia está a veinte pasos de la puerta por la cual se entra a la ciudad, tomando a la izquierda. A la derecha, entrando, hay una sala de exposiciones, siempre abierta, y para entrar basta con empujar la puerta.

Cerca de la Plaza Navona está la iglesia del Anima, con muchas bellas tumbas del siglo XVI. Al lado, en una iglesia pequeñísima, un fresco de Rafael; se le dan 5 bayocos al hombre que corre el velo. En otra iglesia cercana, mucho más grande, sobre uno de los pilares, se ve un fresco de Rafael que representa al profeta Isaías.

Incluso la casa de campo de Rafael es digna de verse: está a cien pasos de la puerta de Villa Borghese. Para ello se va a Vía della Colonna, al lado del correo, y en el número 54 se consigue del propietario la llave de la villa. No pasar por alto ver la Villa Borghese, pero evitando el sol, pues es uno de los lugares más malsanos de Roma. El día en que se la visite, tomar al regreso la Vía Ripetta luego Vía Giulia, o sea la orilla izquierda del Tíber, hasta el Templo de Vesta, junto a la Cloaca Massima; es un templo cuadrado; tomar luego la primera callejuela que sube por la izquierda, hasta llegar al Priorato de Malta; la vista es magnífica. Con este recorrido uno se forma una idea exacta de Roma.

Otro día se puede ir desde San Pedro a Santa María Maggiore. Este itinerario permite pasar cerca a San Carlo ai Catinari, donde se encuentra algún buen cuadro del Domenechino. Cuando se está en el Coliseo, siguiendo la calle de la derecha, se llega a una de las puertas de la ciudad: a un lado se encuentra la pirámide de Cestio y el cementerio de los protestantes. Se recorren luego dos millas por el campo, hasta encontrar la iglesia de San Pablo, destruída por un incendio y más bella que antes. En Roma las iglesias poco frecuentadas están abiertas solo dos horas en la mañana, de las 9 a las 11. Mirando hacia el Palacio Capitolino, entre las dos alas construídas por Miguel Angel —donde hay unos museos abiertos dos veces a la semana—, se ve a la derecha una rampa en escalones; hay allí dos callejuelas de mala fama —donde habita la plebe más abyecta de Roma— que por el sur rodean la Roca Tarpeya. A la entrada de un pequeño jardín se lee: “Entrada a la Roca Tarpeya”. Se entra y se pagan 5 bayocos.

Para ver bien una iglesia es necesario sentarse y permanecer por lo menos una hora; todas las iglesitas cercanas al Foro merecen ser tomadas en consideración; por ejemplo, la prisión donde murió Yugurta y donde fueron reclusos también dos héroes del cristianismo: Pedro y Pablo.

Con frecuencia los nombres que se dan a los monumentos antiguos son arbitrarios. Así, Nibby ha atribuído ya tres diferentes nombres a lo que hoy denomina "Graecoestasis". Los eruditos tienen la manía de no admitir que un monumento pueda haberse construído sobre las ruinas de otro, como si en París se pretendiera buscar las ruinas del claustro de los capuchinos al lado de las ruinas de "Rue de la Paix". Las calles de la antigua Roma eran excesivamente estrechas, como se puede ver por el empedrado de la Vía Sacra, al pie del Campidoglio.

(Continuará).